

ANEXO 2

La imagen de María en Schoenstatt (Material de apoyo: para REUNIÓN GENERAL)

Anexo 2-A

UNA NUEVA IMAGEN DE MARÍA

Necesidad de conocer y proclamar una nueva imagen de María

En general, nuestro pueblo tiene una imagen incompleta y deformada de María. Y nosotros estamos llamados a colaborar para que este pueblo y esta Iglesia concreta posean una imagen auténtica y completa de María, según el plan de Dios. Una imagen de María no simplemente "supratemporal" sino referida a nuestra situación histórica o vista en relación a la problemática del hombre actual y de la sociedad contemporánea. En otras palabras, tal como el P. Kentenich lo decía, debemos arrastrar el carro de triunfo de María al centro de la problemática actual donde Ella se muestre Vencedora de las herejías antropológicas de nuestra época.

¿Cómo vemos generalmente a María? La vemos como Madre del Señor y como Inmaculada. Es significativo que la llamemos "la Virgen María" o "la Virgen". Ella es la Inmaculada, el ideal del hombre nuevo. Por otra parte, vemos en Ella sobre todo a nuestra Madre. Incluso, muchos la llaman con cariño "la Mamita Virgen", tal como hablan del "Tatita Dios". Esta visión de María es verídica, pero incompleta. María es la Inmaculada; es el ideal por el cual nos guiamos; Ella es la nueva criatura, la concebida sin mancha de pecado. Ella es también Madre nuestra; nos conoce y nos ama como nuestra auténtica Madre. Pero María es más que esto.

Ambas realidades, ser Inmaculada y ser Madre, si no se ven en el contexto de una imagen integral de María terminan deformándose. El ser Inmaculada y el ser Madre pueden llegar a absolutizarse, es decir, a aislarse como realidades separadas de su contexto. Es por eso que el Concilio Vaticano II y Juan Pablo II han insistido en ver a María dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Y en esto el P. Kentenich es verdaderamente maestro. ¿Cuál es la imagen de María que Él nos mostró? ¿Cuál es su novedad? Su novedad - no absoluta, pues se basa en una exégesis y mariología probadas - es haber destacado que María es la

Compañera y Colaboradora de Cristo Redentor en toda la obra de la redención. María es la socia de Cristo; la nueva Eva junto al nuevo Adán. Según el P. Kentenich, es esencial, para comprender el misterio de María, la bi-unidad entre Ella y Cristo. Como el Santo Padre lo dice en su encíclica "Redemptoris Mater": Mirar a Cristo con los ojos de María y a María, con los ojos de Cristo". No podemos hablar de María sin hablar de Cristo, y no podemos hablar de Cristo sin hablar de María, su Compañera y Colaboradora inseparable y permanente.

Esa visión de María no es común, no es la visión que posee, en general, nuestro pueblo. Ni siquiera nosotros mismos. ¿Cómo vemos a María? La vemos como la Madre. Yo soy hijo de María y tengo una tremenda confianza en María; me entrego a Ella, converso con Ella, le ofrezco mis cosas. Ella me ayuda en todas mis necesidades y problemas. Le pido y sé que me va a responder, pues soy su hijo. Y eso está bien; tenemos que ser así y tratar así con Ella. Pero en esto nos falta algo. ¿Cómo vemos a María? Ella es la Virgen Inmaculada, la que nunca cometió pecado. Es verdad. Pero María es más que esto, su ser Inmaculada y Madre nuestra no se entiende correctamente, sino en relación a Cristo. Ella es Inmaculada porque fue destinada como socia y

colaboradora de Cristo; es Madre mía y Madre de la Iglesia porque es la compañera inseparable del Señor.

No se trata de que la Virgen no sea el ideal como la Inmaculada, o que no sea nuestra Madre y que nosotros tengamos que ser sus hijos, o que ello no sea tan importante. Lo que sucede, es que estas verdades sobre María las vemos en forma incompleta y por eso, muchas veces no las entendemos bien y con ello el fruto de la vinculación a Ella no es pleno. Lo que resulta de una vinculación a María vista puramente como Madre o como Inmaculada, no son los efectos que espera el P. Kentenich, que le llevan a afirmar que María es quien está llamada a gestar una nueva cultura y que nuestros Santuarios serán esenciales en la forjación de un nuevo orden cristiano de la sociedad.

Somos responsables de proclamar en Chile el nombre de María. Nuestro pueblo debe completar esa imagen parcial o desfigurada que posee de Ella. A veces, también nosotros. Cada uno debiera hacer aquí un examen de conciencia al respecto. Personalmente, me dio mucho que pensar las reacciones que se produjeron en torno a las "visiones" de Villa Alemana. Uno se preguntaba,

¿cómo está nuestro marianismo? ¿estamos bebiendo realmente de la fuente auténtica del P. Kentenich? El hecho que estemos en Schoenstatt, por sí mismo no quiere decir que seamos "kentenichianos". Llegamos a Schoenstatt con nuestros criterios, con nuestra mentalidad, con nuestras costumbres, etc. Y el entrar en Schoenstatt no nos quita en forma automática todo lo que traemos en y con nosotros. Es preciso conquistar la imagen de María que nos trae el Padre Fundador y completar o, incluso, corregir la nuestra. Y esto implica un trabajo para la cabeza y para el corazón.

La Iglesia misma tiene que hacer una autocrítica constante para renovarse o evangelizarse a sí misma. Nosotros también. Y, especialmente, en este período en que el Padre Fundador no está, en el período que sigue a su muerte. La Familia nunca está a la altura de su Fundador. Por eso, es preciso hacer un esfuerzo grande, como Familia, para realmente ser auténticos representantes e hijos fieles de su Padre, prescindiendo de nuestros criterios, de nuestras propias visiones.

¿Cuál es, entonces, "nuestra" imagen de María? La imagen que nos muestra el P. Kentenich de María se caracteriza por ser una imagen integral (es decir, muestra toda la riqueza de su persona): integrada (es

decir, está situada en el contexto de las verdades centrales de nuestra fe y de la historia de la redención: es trinitaria, cristológica y eclesiológica); y centrada en el misterio de Cristo, o en la bi-unidad Cristo-María.

María es la hija predilecta del Padre y el instrumento escogido del Espíritu Santo, la esposa del Verbo de Dios. Ella tiene una relación única con la Santísima Trinidad por haber sido predestinada en un mismo decreto como socia de Cristo y nueva Eva junto al nuevo Adán. Por eso es la "plena de gracia". Por lo mismo, es quien aplasta la cabeza de la Serpiente; no simplemente porque no cometió pecado, sino por su relación a Cristo Redentor. Esa es la raíz también que explica su posición en la Iglesia. Como Corredentora es Madre de la Iglesia; Ella nos dio a luz con Cristo, en la cruz, y allí nos fue confiada por Él como Madre y Medianera de las gracias.

Queremos mostrar en que línea, cuál es el concepto, cuál es la visión que tiene el P. Kentenich de María, para confrontarla con la que tenemos nosotros. Es preciso saber bien qué es lo que estamos llamados a proclamar y regalar a la Iglesia como movimiento mariano. Somos un movimiento mariano original, nuevo. Otros tienen su misión, nosotros la nuestra.

Somos schoenstattianos, hijos del P. Kentenich y tenemos la responsabilidad de dar a la Iglesia la imagen "kentenichiana" de María, que no es la común. La tradicional pone en el centro la maternidad de María. Para el P. Kentenich, la maternidad de María está engastada y se explica como una función de la Socia y Compañera de Cristo. El primer servicio que le ofrece esta socia es ser su madre. Y el ser Inmaculada no es simplemente una cualidad de María, el haber sido concebida sin pecado original y haber sido siempre pura, sino que, en primer lugar, significa haber sido elegida y reservada para ser la Esposa del Señor. Ella es la Madre educadora, pero en esa biunidad con Cristo. Si no, no puede ejercer fecundamente su misión de Madre educadora. Es una visión mucho más amplia, más rica y más fecunda.

El P. Kentenich nos muestra esta imagen de María no simplemente en su valor supratemporal, es decir, válida para todos los tiempos. sino que la muestra expresamente como Vencedora de las herejías antropológicas de nuestra época.

El hombre es el centro de la preocupación de nuestro tiempo. Juan Pablo II lo expresaba ya al inicio de su pontificado, en la inauguración de la Conferencia Episcopal de Puebla: "La nuestra es, sin duda, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin

embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del relajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes".

En el trasfondo de esta época antropocéntrica, Dios ha querido hacer brillar la gran señal de María como la mujer que desenmascara los ídolos de nuestro tiempo y arroja sobre las tormentas de la época la luz del ideal de hombre redimido, tal como Dios lo concibió en su pureza primitiva.

Como portadores del carisma mariano de nuestro Padre y sobre todo como jefes representantes de la Familia, tenemos que ganar una concepción clara de María. De alguna manera, tendríamos que ser maestros en el conocimiento de María. ¿Hemos leído a fondo, por ejemplo, los documentos del Concilio, en el capítulo VIII de la Constitución sobre la Iglesia? ¿Lo conocemos? ¿Lo hemos estudiado? ¿Conocemos lo que Puebla habla de María? ¿Conocemos la Exhortación Apostólica "El culto a María", de Pablo VI? ¿Sabemos que existe? ¿La hemos leído y estudiado? ¿Conocemos la encíclica de Juan Pablo II, "Redemptoris Mater"? Tenemos que apropiarnos, en forma lúcida de la auténtica imagen de María.

Necesidad de establecer un nuevo tipo de relación con María

Junto con conocerla, es preciso, además, apropiarnos de su imagen personalmente, internalizarla. Cada uno debiera conquistar su propia imagen de María. Debemos buscar un acceso personal a la persona de María. No basta un conocimiento general, objetivo; tengo que hacer mío y eso siempre se produce directa o indirectamente a través de mi Ideal Personal.

Hay muchas maneras de vincularse a María; existen muchas y muy variadas piedades marianas en la Iglesia; muchas maneras diversas de vivir el marianismo. El P. Kentenich nos confía su manera: la Alianza de Amor con nuestra Madre y Reina en el Santuario.

Tal como la imagen de María, también la piedad mariana de nuestro pueblo, muchas veces, es incompleta, imperfecta y desviada. Por lo general, es una piedad unilateralmente pedigüeña, o sentimental, sin una base doctrinal sólida, sin que movilice la voluntad y llegue a conformar la vida cotidiana. Se queda preponderantemente en el afecto. Es filial,

pero incompletamente filial, porque no se proyecta en una paternidad o maternidad creadora.

Nuestro anhelo es llegar a vivir en forma intensa nuestra Alianza de Amor original con la Virgen. Queremos crecer en el amor a Ella, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, pero también con nuestra voluntad y con nuestra capacidad de compromiso. Queremos que el vínculo a María nos conduzca a un asemejamiento con Ella, a ser como Ella. O, usando las palabras del P. Kentenich, queremos que la vinculación a María se traduzca en una actitud mariana o en un estilo de vida y de trabajo mariano.

Suele darse la siguiente situación: A veces cultivamos en nuestros grupos, por una parte, una vinculación unilateralmente "filial" a la Virgen; o por otra parte, exigimos el cultivo de una actitud de María sin cultivar suficientemente el vínculo afectivo a Ella. "La Virgen fue servicial, por lo tanto, tenemos que ser serviciales", "la Virgen fue pura, por eso, como reflejos suyos, tenemos que ser puros"; "la Virgen dijo sí a la voluntad de Dios; también en nuestro caso, tenemos que abrirnos a la voluntad de Dios"... Sin embargo, la genialidad pedagógica del P. Kentenich consistió en acentuar el vínculo filial a María y hacerlo madurar, de modo

que de él brote una actitud mariana y un estilo de vida y de trabajo mariano. La nueva cultura mariana nace de la vinculación cálida y profunda a María; de una relación cargada de afecto a María; no de un sentimentalismo mariano, pero sí de un profundo afecto y ternura por María.

Esto significa en concreto que tenemos que despertar en nosotros mismos y en las personas a quienes podamos llegar - en nuestra casa, en nuestra oficina, dondequiera que estemos - una relación llena de cariño por María, que se exprese en un estilo de vida. Esto está asegurado para nosotros en las contribuciones al Capital de Gracias. Ellas expresan el esfuerzo por demostrar con hechos que realmente la amamos. Esos sacrificios y ese esfuerzo ahondan el amor a Ella y a la vez, nos asemejan a Ella en nuestro ser y nuestras costumbres: crean un estilo de vida o una cultura mariana.

Esta espiritualidad mariana de Alianza con María, nos la presenta el P. Kentenich extraordinariamente concreta y "aterrizada" en la vida. ¿Cómo? Porque se guía por la fe práctica en la Divina Providencia. No se guía por visiones o por milagros de orden físico o espectacular. No se guía por lo que Dios nos va mostrando en las circunstancias concretas. Esas circunstancias - personales, familiares, eclesiales o

nacionales - las enfrentamos y las respondemos con María y desde María. Nuestra Alianza de Amor es una alianza de la vida diaria, de la santidad de la vida diaria y las contribuciones al Capital de Gracias nacen de estas exigencias concretas: hacemos las contribuciones al Capital de Gracias que nos requiere la fe práctica en la Divina Providencia.

La unión entre Alianza de Amor y fe práctica en la Divina Providencia es quizás una de las originalidades más típicas del marianismo del P. Kentenich. Si la imagen de María que nos presenta el Padre Fundador es original, igualmente original es su espiritualidad mariana, precisamente por estar dinamizada interiormente por la fe práctica. ¡Qué diferente es una piedad mariana estática o moralista! ¡Qué diferente es una piedad mariana "angelista", desligada de los problemas actuales y del acontecer cotidiano! ¡Qué lejos estamos así de un "sentimentalismo" o "pietismo" mariano!

Tendríamos que detenernos mucho más en esto; en nuestra vinculación al Santuario, por ejemplo. Pero ahora no podemos hacerlo. Ojalá podamos profundizarlo.

Necesidad de un nuevo compromiso con María

En tercer lugar, un nuevo compromiso con María. Lo insinuábamos recién. El marianismo tiene que traducirse en cultura. La cultura "del tercer milenio" - así la llama Juan Pablo II - tiene que ser una cultura marcadamente mariana, en la que actúen hombres y mujeres marcados con el sello de María, que ejerzan el nuevo tipo de autoridad mariana, con un estilo de vida y de trabajo mariano.

La Colaboradora del Señor nos invita en la Alianza a asociarnos con Ella, para que también nosotros nos transformemos en "corredtores" al servicio del Señor. Ella, la Compañera y Colaboradora del Señor, quiere proyectar su maternidad en nosotros. Y esto nos compromete en un triple sentido:

a) La maternidad de María quiere valerse de nosotros como sus instrumentos para desplegar la fuerza de su amor a los hombres, de su servicio al hombre, de su dignificación y liberación. Su corazón ama con predilección al más desvalido: ese amor quiere gestar en nosotros una sensibilidad para salir al encuentro de los más pobres. No en el sentido de que todos estemos llamados a ir a poblaciones marginales y dejar nuestro trabajo, sino en el sentido

de que nuestra actividad profesional esté enfocada en la perspectiva del servicio al hombre y en beneficio de los más necesitados. Que donde estemos, como trabajadores, como políticos, como profesionales, ejerzamos una actividad, en el mundo del trabajo y en la familia, que signifique servicio y dignificación del hombre.

María vence las herejías antropológicas. Lo hace aquí en la tierra; no sola sino a través de nosotros, de acuerdo al lema: "Nada sin ti, nada sin nosotros". Si somos marianos y porque somos marianos, nos importa la situación del hombre, sus condiciones de trabajo; las posibilidades de tener un hogar; su acceso a la educación básica y superior; sus derechos a la salud, a progresar, a participar activamente en los destinos del país. Nos interesa eso y todo lo que lo dignifica o lo que puede menoscabar su condición de persona libre y de hijo de Dios.

b) En segundo lugar, la maternidad de María genera en nosotros un nuevo compromiso en cuanto a la participación en su acción redentora en la cruz. La maternidad de María alcanza su cumbre en la cruz: como socia de Cristo, está al pie de la cruz. Desde allí brota la vida que hace la nueva creación. Por eso, si queremos dar a luz una nueva cultura,

ser auténticos padres y madres, sólo será posible en la medida en que nuestra piedad mariana nos conduzca a integrar nuestra cruz a la cruz de Cristo con y como María. Este es el sentido.

La proyección que puede tener Schoenstatt en la vida de la Iglesia está condicionada, en último término, a este compromiso: ayudar a María en su labor corredentora, de Madre de la Iglesia. Para que desde nuestros Santuarios surja una corriente de vivificación de la Iglesia, es preciso que nos hagamos corredentores con María en la cruz de Cristo.

c) En tercer lugar, nuestro compromiso tiene que traducirse en un nuevo intento por hacer de nuestros Santuarios esas "capitales de la nueva cultura", o, como el P. Kentenich los llamaba, "capitales del Reino". Tienen que convertirse en poderosos focos de la nueva evangelización.

(P. Rafael Fernández, Material de Trabajo N°1)

Reunión general: "La imagen de María en Schoenstatt"

1. María en la vida del P. José Kentenich

Se podrían mencionar innumerables referencias acerca de esa comunidad interior y de esa identidad entre la historia de mi alma y la historia de la Familia. Destaco aquí solamente dos de ellas.

Pienso en una jaculatoria que lentamente fue surgiendo en mí y cuyos orígenes se remontan a mi primera infancia. Más tarde se formuló así en latín: Ave, María, puritatis tuæ causa custodi animam meam et hábeas meum, aperi mihi cor tuum et cor Filii tui; da mihi animas et cetera tolle tibi. (Dios te salve, María; por tu pureza, conserva puros mi cuerpo y mi alma; ábreme ampliamente tu corazón y el corazón de tu Hijo; dame almas, y todo lo demás tómalo para ti.)

No resulta difícil descubrir en esta oración la raíz de la cual luego surgió y se alimentó la espiritualidad de la Familia.

Como segunda referencia servirá aquel acontecimiento, que el Estudio llama consagración a María, que ocurre en la vida del Niño cuando apenas

cuenta nueve años, y que se desplegará con el transcurso del tiempo. Aún no quiero descorrer el velo que cubre este hecho. Si se llama "consagración a María", debe agregarse que tuvo una impronta particular. Historiógrafos futuros habrán de constatar con facilidad que realmente toda la obra de Schoenstatt se fundó allí ya en forma germinal.

Dos aspectos del Estudio pueden ser especialmente corroborados. Uno es la total soledad interior, con la carencia de contactos naturales de todo tipo y su interpretación. Sin duda, hay muchos hombres que vivieron sus años de crecimiento con características similares. Pero después de un examen objetivo, y visto comparativamente, creo poder constatar que el grado, el alcance y la duración fueron de dimensiones extraordinarias. A posteriori se podía comprender fácilmente el sentido de todo esto. En la medida de lo posible, el alma debía permanecer intacta frente a toda influencia extraña, para estar abierta, hasta sus fibras más íntimas, a quien es propiamente mi maestra de vida, a su poder plasmador y su sabiduría educativa. Me refiero a la Santísima Virgen.

Ella no ocupa este lugar en mi vida desde ayer o antes de ayer. ¡Desde tiempos inimaginables, ella está presente en mi vida consciente bajo esta perspectiva! Es difícil comprobar a partir de qué instante comencé a considerarme y a valorarme totalmente como su

obra y su instrumento. Este proceso puede rastrearse hasta los más tempranos días de la infancia. A partir de lo dicho debería comprenderse también por qué razón me bloqueé más adelante ante influencias de parte de Pallotti. En cuanto fuese posible, quería depender sólo y en todo de la Santísima Virgen. Aquí, naturalmente, me refiero a la Santísima Virgen siempre como símbolo y en relación con Cristo y el Dios Trino. Muchas veces, en los años pasados, me vi como un ermitaño en un gran desierto, pero en todo momento unido a la Santísima Virgen como la gran maestra de mi vida interior y exterior.

Desde que la Familia nació, mi más importante propósito fue conservarla en íntima vinculación con la Santísima Virgen. De ahí que años más tarde, con frecuencia anunciaba cursos sobre distintos temas, pero al final no me decidía a dictarlos, porque desde lejos creía descubrir pequeñas nubes que indicaban que la Familia podría estar en peligro, si no de perder, al menos de aflojar su tierra madre: el amor a María. Así ha de entenderse la expresión: *Servus Mariae numquam peribit* (un siervo de María nunca perecerá).

En toda mi actividad nunca puse a mi persona ni a mis propios proyectos en primer plano sino que

siempre a la Santísima Virgen, en su ser, en su misión y en su obra. Más tarde, por supuesto, en unión con Schoenstatt, como lugar y como Familia. Recién la visitación canónica y la polémica que ésta desató en torno a mi persona, me hicieron ver conscientemente a ésta, mi persona, en su carácter original, en su posición y en su misión. Al analizar los planes divinos respecto a mi persona en esos años, siempre lo hice íntima y profundamente unido a la Mater ter Admirabilis en el fondo de mi alma, aun aquellas veces en que exteriormente no lo señalase. Tan marcadamente se desarrolló en mí la conciencia de misión y de instrumento de María.

Resumiendo: los dos aspectos que quería corroborar son la soledad y la conciencia de instrumento de María.

(De: Respuesta al estudio: "Gründer und Gründung" ("Fundador y Fundación"), 1955)
Libro "La actualidad de María", P. José Kentenich

2. Misión mariana del Fundador

Al llegar a la culminación de su vida, san Pablo, en una oportunidad, dirigió una mirada retrospectiva al día de su nacimiento. Y viendo todos los extravíos y errores que había cometido, afirmó: dicho humanamente, soy el fruto de un aborto, pero, con

todo, Dios me ha elegido antes de mi concepción para ésta, mi especial misión (Ga 1, 10-24). Y si preguntáramos a san Pablo en qué consistía esa misión, él nos diría: se me confirió la misión de anunciar al mundo el misterio de Cristo: de Cristo, el Mediador, la Cabeza del Cuerpo Místico.

Es así como nos preguntamos, espontáneamente: ¿cuál fue la misión que se me confió a mí hace 73 años? Mirando de soslayo hacia san Pablo, puedo afirmar que mi misión fue y es *anunciar al mundo el misterio de María*.

Mi tarea es anunciar a la Santísima Virgen, mostrarla a nuestro tiempo como la Colaboradora permanente del Señor en toda su obra redentora, como la Corredentora y Mediadora de gracias: a la Santísima Virgen en su profunda unión con el Señor, en biunidad con él, con la misión específica que ella tiene desde su santuario de Schoenstatt, para el tiempo actual.

¡Mi querida Familia de Schoenstatt! Puedo decir, ciertamente, que todos ustedes están incluidos en ésta, mi misión. Tal misión no ha sido depositada solamente sobre mis hombros, sino también sobre los hombros de todos los hijos de Schoenstatt. Reflexionemos un momento cómo le fue entregada

en sueños la misión a san José. ¿Qué le dice el ángel en el sueño? "Levántate, toma contigo al Niño y a su madre". No le dijo solamente "toma al Niño", sino "toma al Niño y a su madre" (Mt 2, 13.20)

Es mi convicción de fe que esa misma misión me fue confiada hace 73 años. Quien recibió, pues, el llamado aún antes de haber sido concebido en el seno materno, recibió una misión específica: ser el heraldo de la Santísima Virgen, el mensajero que debía anunciar sus glorias a nuestro tiempo.

Queridas familias de Schoenstatt, Dios las ha llamado también a ustedes para ayudarme en esa gran misión. Cada familia recibe hoy, de parte del que celebra el cumpleaños, esa misión, la misión de nuestra Madre y Reina de Schoenstatt. ¡Es tan consolador el que esa misión no descansa solamente sobre mis hombros, sino que todos ustedes quieran ayudarme a realizar esa gigantesca tarea! Como san José, también nosotros escuchamos hoy las palabras: ¡Levántate! No te pongas a descansar ni desees para ti una vida de confort y bienestar, o pasarlo bien en este mundo No: el ángel dijo: Levántate, toma contigo al Niño y a su madre. Tómalos primeramente tú mismo contigo, tómalos en tu propio corazón. Después, prepáralos un lugar cálido en tu propia familia, y luego en los corazones de los demás.

(De: Plática para matrimonios en Milwaukee, Estados Unidos, 16 de noviembre de 1958)

Libro "La actualidad de María", P. José Kentenich

3. El carácter mariano de Schoenstatt

El carácter marcadamente mariano de nuestra Familia proviene de su historia. El mismo corresponde a las leyes de gobierno del mundo, de ordenamiento del mundo de perfeccionamiento del mundo y a la condición sensible de nuestra naturaleza humana.

En sabiduría y respeto por sus criaturas, Dios gobierna el mundo a través de causas segundas. Él tiene a bien hacer partícipes a las cosas y a las personas humanas de sus propiedades, derechos y poderes y quiere que nosotros entreguemos a esas cosas y personas el amor y el apego que le corresponden a Él y que, a través de ellas, los transfiramos a Él. De esa manera surge un gran organismo de vinculaciones. El Dios infinitamente bondadoso creó en María un ser al que otorgó, en forma pródiga, sus propias cualidades. Por eso, Él quiere y desea que nos sirvamos de María como de un lazo santo, vinculándonos íntimamente a ella para ser así llevados con ella hacia lo alto, hacia su corazón.

Como nuestra naturaleza no es meramente espiritual, sino también sensible, su hambre de eternidad se exterioriza en un fuerte anhelo por seres transparentes de Dios. El Omnipotente, Infinitamente bondadoso y Omnisciente toma en cuenta, de múltiples maneras, esa necesidad. Él nos envió a su Hijo unigénito, en quien se nos presenta el rostro del Padre celestial vuelto hacia nosotros. Él nos dio la multitud de los santos. También ellos tienen, a su manera, la misma tarea. Y en la misma línea se encuentra la persona de la Santísima Virgen. Habiéndola creado Dios "como en un éxtasis", ella es, en forma preclara, un espejo de las perfecciones divinas. El que la contempla y se regala a ella, se sabe profundamente en la cercanía de Dios, se siente estremecido ante su grandeza y atraído hacia su corazón en forma sencilla y eficaz. Por propio oficio ella es para nosotros la Portadora, Dadora y Servidora de Cristo y de Dios. El que la encuentra, encuentra la vida y obtiene la salvación del Señor (véase Pr 8, 35).

Esta posición objetiva de María en el plan de salvación se pone de manifiesto, con extraordinaria intensidad, en la historia de nuestra Familia: la Bendita entre las mujeres es a quien la Familia debe su origen y ella es al mismo tiempo parte integrante

de su meta. Y ella ilustra también en forma gráfica todo su método de trabajo.

Todo lo que se ha dado en la Familia ha surgido en dependencia consciente de su intercesión y de su ejemplo. Por eso nos agrada llamarla nuestra Fundadora, nuestra Señora, nuestra Reina. Y todos nuestros anhelos y esfuerzos se orientan a sabernos interiormente dependientes de ella.

Nuestro Poder en Blanco quiere tornar esta dependencia y este apego para con ella en una relación intensa y permanente. Nos guiamos en esto por la gran ley que san Isidro formuló de la siguiente manera: *Ut sim servus filii appeto servitutem genitricis*, (a fin de alcanzar un amor profundo al Señor, aspiro a un vínculo profundo con su Madre). Pío X dio a esta misma ley una clásica formulación: "Nadie mejor que María para unir los hombres con Cristo. En efecto, según la doctrina del divino Maestro, 'ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo' (Jn 17, 3): así como llegamos por María al conocimiento vital de Jesucristo, por ella también nos es más fácil obtener la vida de la cual Cristo es principio y fuente". Y, en otro pasaje, afirma: "¿Quién no reconoce que no hay camino más seguro ni más fácil que María, por

donde los hombres pueden llegar hasta Jesucristo y obtener por él la perfecta adopción de hijos que los hace santos y sin mancha a los ojos de Dios?" (*Encíclica Ad diem illum, del 2 de febrero de 1904, números 8 y 5*). Prueba de la claridad y verdad con la que habló el Papa eucarístico es la vida interior de nuestro José Engling. Él se autodenominaba y vivía como *mancipatus Mariæ* (siervo de María), y precisamente por eso creció tan profundamente en el amor al Señor. De esa misma ley dan testimonio también los últimos 25 años de la historia de nuestra Familia.

El hecho de que la Familia se haya vinculado tan profunda y orgánicamente a María es la razón por la cual permaneció siempre receptiva y abierta a lo divino y luchó exitosamente por una gran intimidad con Cristo y por un amor filial al Padre. Y si guardó siempre una sana medida y una vigorosa profundidad en su actitud litúrgica, se debe, una vez más, a su vinculación y actitud marianas.

Conviene que tengamos muy presente esta perspectiva general. Si el amor a María en el pasado ya nos ha colmado con tantos bienes, ¡qué nos hemos de esperar ahora, una vez que la Familia entera se ha entregado a ella con plena conciencia, profundamente y para siempre, en el sentido del Poder en Blanco!

Pero no nos damos por satisfechos sólo con orientarnos constantemente por la Santísima Virgen como modelo e intercesora: de acuerdo a la intención de Dios, ella puede y debe ser también fin parcial orgánico de nuestra labor apostólica.

Así corresponde al espíritu del Acta de Fundación y a la historia toda de nuestra Familia. Una vez más, como siempre, un ejemplo clásico es nuestro José Engling.

Así corresponde al deseo del Señor, que vino a nosotros por el camino de su Madre y que nos ofrece, por esta razón, ese mismo camino para llegar a él y al Padre.

Así corresponde a la necesidad de nuestro propio corazón, pues de la abundancia del corazón habla la boca, y aquello que se ha vivido y experimentado en sí mismo se desea comunicar con gusto a los demás. Así corresponde a que el hombre actual se deja captar extraordinariamente por lo sensible. En efecto, suponiendo que aún posea algo de espíritu sobrenatural, tiene una receptividad especial para captar el mensaje religioso a través de la ilustración gráfica. Dios se adecua a esta necesidad, presentando ante sus ojos las grandes verdades del cristianismo encarnadas

sensiblemente, en forma gráfica, en la imagen de la Santísima Virgen.

Así corresponde al desvalimiento y a la desorientación de la pastoral actual. Innumerables medios que hasta el momento habían demostrado utilidad para la captación religiosa y moral de los hombres, se han tornado imposibles o han fracasado. Con cuánta mayor razón y mayor agrado recurrirá a María el apóstol esclarecido y de actitud sobrenatural, a fin de mostrarla al pueblo y regalársela como gran agente pastoral. De acuerdo al plan de Dios, "ella es la gran Misionera. Ella hará milagros" (Vicente Pallotti). ¡No: ella ya ha realizado milagros! Donde otros medios fallan, ella realiza realmente cosas grandes y maravillosas. Ella es *gratia plena*, llena de gracia. Y Dios hizo el alma humana tan profundamente receptiva a su influjo, que el sentido religioso de los cristianos tendría que estar ya enteramente apagado como para bloquearse totalmente a ella.

(De: "Palabras de Oportunidad", "Worte zur Stunde", del 18 de octubre de 1939, Plática considerada por el fundador y su obra como la Segunda Acta de Fundación)

Libro "La actualidad de María", P. José Kentenich

Anexo 2-B

MOMENTO DE ORACION EN EL SANTUARIO MARÍA, MADRE DE NUESTRA ALIANZA

Canto inicial: Madre del silencio
(pág. 44, N° 83)

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María

Hijo mío, ven,
acércate a mi corazón,
y al corazón de mi Hijo.
Conocerme,
es un poco recorrer
la historia de mi vida,
Y la historia de mi vida,
es la historia de Aquel a quien
pertenece mi corazón.
El día de la Anunciación
estaba yo en silencio,
en oración profunda,
en la presencia de Yavé, mi Dios.

Repentinamente,
una voz celestial
me saludó, con amables elogios.
Yavé, mi Señor, me visitaba.
A través de su Mensajero
vino hasta mí y me expresó su deseo
de venir a habitar entre los hombres
encarnándose en mi seno.

Nada dije, escuché atentamente;
sólo una pregunta y una respuesta.
El ángel lo dijo todo.
No comprendí.
Sólo sabía que era
la Sierva de Yavé, mi Señor.

Voz 1: (mujer)

Madre de la encarnación,
templo de la presencia de Jesús,
eres todo silencio
y toda oración

Voz 2: (hombre)

Eres toda apertura y fidelidad
a la voluntad de Dios.
Por sobre todo, te sabes hija
y te sientes hija del Padre;
en su corazón habitas

desde siempre.

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Hijo mío, acércate a mi corazón.

Allí te enseñaré a reconocer

la voz del Padre,

cuando te visita

y te solicita una respuesta.

No dudes, entonces.

Cree, acepta y recibe.

Apresúrate a dar tu consentimiento

a la voluntad de mi Señor,

cuando Él pida tu colaboración.

Él es Padre, todo lo puede,

ni un momento te desampara.

Todos

Abre, Virgen Santa,

mi corazón a la fe,

abre mis labios al consentimiento,

abre mi corazón a la voluntad divina.

Canto: (Sólo coro de Madre del Silencio,
pág. 44, NO 83)

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Isabel estaba en su sexto mes.

Partí de prisa a la montaña,

a Ain-Karim,

para felicitarla, ayudarla,

darle compañía,

y compartir con ella el inmenso gozo

que me invadía.

La causa de tal gozo

era el Hijo que llevaba en mí.

Ella me saludó

con un increíble regocijo.

Durante los tres meses

que permanecí con ella,

nos desahogamos

de las impresiones,

de las vivencias,

de las emociones de esos días,

que Yavé, el Dios de Israel,

nos regalaba.

Voz 1: (hombre)

Señora del silencio y de la espera,

Señora de la entrega y la alegría,

no elegiste unas semanas de tranquilidad,

para meditar a gusto
el diálogo con el ángel
y la presencia del Mesías
en tu seno.

Voz 2: (mujer)

Tu inclinación al servicio
de los necesitados y afligidos,
de los pobres y de los pecadores,
te lleva a partir de prisa.

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

María:

Hijo mío
ven. acércate.
Yo te ayudaré a abrir
tu corazón a Aquel,
cuyo amor y misericordia,
nos mueve a ser servidores
de quienes más amamos;
a compartir
lo que Él nos regala cada día,
con nuestros hermanos,
sobre todo con los más necesitados.

Todos:

¡Ven, Virgen Orante y Peregrina,

Madre de la Visitación
y del Adviento!

Así como entraste en la casa de Isabel,
entra a mi corazón.
Saluda, Madre,
y despliega en él
tu experiencia de Dios.
Alegra nuestro corazón
por todos los dones
que Dios nos regala cada día.

Llévanos a compartir
lo que tenemos
y regálanos
el gozo de servir

Canto: Dios te salve María,
llena eres de gracia
el Señor es contigo,
y bendita tú eres
entre todas las mujeres
y bendito es el fruto,
de tu vientre Jesús.

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

¡Faltaba poco para la llegada de mi Hijo!
Nadie mejor que nosotras, las madres,
sabemos de ese inmenso gozo
de dar a luz una vida.

¡Era tan insondable lo que viví
en los 9 meses de gestación!
Hubo una profunda intensidad.
una convivencia indescriptible
entre mi Hijo y yo.
De la misma sangre
vivíamos yo y Él;
del mismo alimento nos alimentábamos,
respirábamos el mismo oxígeno.
Durante este tiempo, José, mi esposo,
había sido todo respeto,
todo delicadeza y ternura.
Su actitud de cariño.,
de protección,
de admiración
y casi de reverencia,
me llenaba de cobijamiento.

En esos días, debimos viajar a Belén
por causa de un censo imperial.
José estaba preocupado por el viaje.

Allá en Belén,
no encontramos
lugar para hospedarnos.

Nos dieron un espacio en una pesebrera
y allí nació mi Hijo tan esperado.
Dios quiso rodear el nacimiento de su Hijo
de reverente reserva, de silencio,
de humildad y de expectación.

¡Esa noche del 24 de Diciembre
fue la noche más luminosa
y jubilosa!
¡Noche de Navidad, Noche Buena!
¡Qué grande es traer al mundo un niño!
¡Don maravilloso de Dios!
¡Y era el Hijo del Altísimo!

Voz 1: (hombre)

¡Madre de la Noche Buena!
en Ti resplandecen
la maternidad y la fortaleza.
¡Madre de la Vida,
a tu paso comunicas
la llegada de esa Vida!

Voz 2: (mujer)

¡Señora de la Luz,

Señora de la Aurora,
bendito sea el fruto de tu vientre!

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Hijo mío, ven,
adéntrate en mi corazón.
¿Sabes?,
siempre, lo más grande
se gesta en lo más pequeño;
de la humildad nace la grandeza.
La vida se gesta
silenciosamente, suavemente.

Abre tu corazón a mi Hijo
que es la Vida,
para que Él pueda
transformarlo en su morada,
en un Santuario,
donde Él habite para siempre.

Todos:

Tú, que eres Madre,
prepáranos
a dar la vida
a donar la vida,
a cuidar la vida,

así como Tú lo hiciste.

Tú, que eres la Madre
del verdadero Amor,
ensancha nuestro corazón
y llénalo del Espíritu de Vida.
Ven a habitar entre nosotros
y conviértenos en Santuarios vivos
de la presencia de tu Hijo.

Canto: /: Ave María, a, a;
Ave María, a, a;
Ave María :/

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María

Después del nacimiento de Jesús,
nuestra vida en Nazareth
ocurrió en armonía y tranquilidad.
entre las tareas cotidianas de amasar el pan,
traer el agua de la fuente, la leña del cerro.

Enseñar a Jesús
a comer, a jugar,
a caminar, a hablar,
nos ocupaba a José y a mí.

Sin embargo, nuestra vida
no estuvo exenta de dolores y pruebas:
la huida al extranjero,
la pérdida de Jesús
cuando se nos quedó en el Templo.
Muchas cosas sin entender
que yo guardaba y meditaba en el corazón.

Cuando Jesús cumplió 30 años,
fuimos invitados a una boda en Caná.
La boda era la fiesta cumbre
en la vida familiar judía,
y la celebración duraba varios días.

Asistimos Jesús, sus discípulos y yo.
Advertí que faltaba el vino.
Quise solucionarlo
de manera inadvertida.

Me aproximé a Jesús
para decirle lo que ocurría,
casi como un ruego.
Después de un instante,
Él accedió a mi petición
y transformó el agua de unas vasijas,
en un vino exquisito.

Voz 1: (hombre)

María,
esposa de José,
Madre de Jesús;
Virgen del amor y de la fidelidad,
en Nazareth!,
eres esposa y madre.
Eres la Madre solícita y solidaria,
atenta a las necesidades
de los hombres.

Voz 2: (mujer)

Te sientes en comunión con tu Hijo
y actúas segura de conseguir un gran favor.
No importa lo que Tú digas,
sino lo que Él diga
y es eso lo que se debe hacer.

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Hijos míos,
cuando sientan
las necesidades de sus hermanos,
vayan en su ayuda.
Hagan lo que Jesús les diga,
y Él transformará
el egoísmo en caridad,

y habrá fiesta
en el corazón.

Todos:

Madre
acógenos solicita bajo tu manto.
Habla a tu Hijo
como cuando él estaba en la tierra
y ayudaba en apuros y penurias;
dile: No tienen vino ni alimento',
y él con certeza escuchará nuestra suplica.

Canto: (Sólo Coro de Madre del Silencio, pág.
44, N° 83)

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Después de tres años
de peregrinación,
por ciudades y campos,
predicando la Buena Nueva del Padre,
se acercaba la hora culminante
en la vida de mi Hijo.

Era perseguido.
Se había despedido de los suyos
en una noche de íntimo diálogo,

y esa misma noche lo apresaron.
Fue condenado a morir crucificado
en la cima del Calvario.
Lo seguí en cada paso
de su vía Crucis,
hasta llegar al monte.

Pronto mi Hijo pendía de la cruz.
Quise permanecer de pie
junto a él,
Para compartir su dolor,
para hacer míos sus sufrimientos.
En ésta, la hora culminante de su vida,
¿cómo iba a abandonarle?

Vino la oscuridad,
las burlas,
sus últimas Palabras
que se quedaron inscritas
para siempre en mi corazón...

"Padre, perdónales, no saben lo que hacen..."

"Esta misma noche tú estarás conmigo..."

"Padre mío,
¿por qué me has abandonado?"...

"Tengo sed..."

"Mujer, ahí tienes a tu hijo.."

"En tus manos entrego mi vida..."

"Todo está consumado..."

Voz 1: (hombre)

Madre dolorosa,
 permaneces de pie
 junto a la cruz,
 adorando cada gota de sangre
 que cae del cuerpo de tu Hijo,
 tu Hijo amado
 por tu sí incondicional y total
 a la voluntad del Padre,
 aunque te llevara
 a subir al monte.

Tú te asociaste a tu Hijo
 también en el dolor,
 hasta morir
 por los suyos,
 por los que más quería.

Voz 2: (mujer)

Sin gritos
 ni histerias ni desmayos,
 en silencio y soledad.
 Allí tu silencio
 se transforma en
 adoración y abandono,
 en disponibilidad y fortaleza,

en fidelidad y plenitud,
 en fecundidad y paz.
 Permanece aferrada
 y entregada a la fe
 en lo que el Padre te había anunciado...
 ¡Está bien Padre mío!
 Padre mío, en tus manos
 depósito a mi querido Hijo!

Voz 1: (hombre)

Y la última voluntad de tu Hijo
 fue dejarnos a ti
 como su regalo más querido...
 ¡Lo mejor, al final...!

¡En el momento
 más solemne de su vida
 y de la vida de la humanidad,
 nos entregó a ti
 para que con cuidado maternal
 nos condujeras
 por el camino de la salvación!

Voz 2: (mujer)

¡Desde ahora
 y para siempre,
 tendremos Madre,
 por expresa y postrera

voluntad de tu Hijo.

¡Tú, la propia Madre
del Hijo de Dios!

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Así es, hijo mío;
al pie de la cruz
desde donde pendía
mi amado Jesús,
di a luz a la humanidad.
Desde entonces
quiero ser tu madre,
y quiero que tú
seas mi hijo predilecto.
Acércate a mi corazón.
En él, quiero que aprendas
que el amor se nutre
y se prueba en el dolor.

La fidelidad del amor
llega hasta la cruz.

Todos:

Señora de la cruz y de la esperanza
Señora del Viernes Santo,

hoy queremos decirte gracias,
Muchas gracias, Madre,
por tu fiat,
por tu completa disponibilidad de esclava
a la voluntad del Padre.
Gracias, por tenerte a ti,
la Madre del Hijo de Dios,
como mi propia madre

Canto: El Alfarero
pág. 4, N° 9

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

María:

Mi amado Jesús
me había confiado
que resucitaría,
sin embargo
no pude dejar de sufrir junto a Él.
¡Cómo quería que esos días
pasaran volando!
¡Sólo anhelaba volver a ver
a mi querido Hijo!

El día de su gloriosa resurrección llegó.
¡Lo vi resplandeciente,
triunfante, radiante!

¡Había vencido la muerte para siempre!
 ¡Mi corazón exultaba de gozo!

Juan, el discípulo predilecto de mi Hijo,
 me acogió en su casa,
 según su propio
 y último deseo,
 cuando agonizaba en la cruz.
 Aún resuena en mi corazón:
 "Juan, cuida con cariño a mi Madre,
 hazlo en recuerdo mío"...

Nos reuníamos
 con el grupo
 de los Comprometidos con Jesús,
 y acudíamos diariamente al Cenáculo.
 Allí permanecíamos largas horas
 en oración,
 reflexionando,
 recordando
 cuanto habíamos
 experimentado junto a Jesús:
 sus palabras
 sus gestos,
 sus acciones,
 sus milagros,
 pero por sobre todo.
 el inmenso amor

que irradiaban sus palabras,
 su corazón,
 su vida toda.

Vivíamos todos unidos,
 teníamos todo en común;
 éramos un solo corazón
 y una sola alma.

Un día, estando en oración,
 sopló un viento huracanado
 El Espíritu Santo irrumpió violentamente,
 con fuego y temblores de tierra,
 y vino a posarse
 sobre cada una de nuestras cabezas,
 en forma de lenguas de fuego.

¡Nos sentimos llenos
 de una inmensa alegría!
 ¡El amor encendió nuestro corazón,
 iluminó nuestro entendimiento,
 y todo lo que Jesús nos había enseñado,
 se nos hizo comprensible!
 Sentimos el anhelo inmenso
 de comunicar a otros
 cuanto habíamos vivido
 con mi querido Hijo.
 Comunicar a todo el mundo

esa Buena Nueva
que él nos había comunicado;
esa Buena Nueva
de que Dios se llama Padre
y que nos ama
con un amor de predilección.

Voz 1: (hombre)

María, Reina del Cenáculo,
el Espíritu Santo
había tomado posesión de tu corazón
desde el día de la Anunciación.

El Espíritu Santo
te cubrió con su sombra,
y te transformaste
para siempre
en templo de la Trinidad.

¡Madre, Reina del Cenáculo,
desde aquel día y para siempre.
Tú desencadenarás
una irradiación espectacular
del Espíritu Santo!

Voz 2: (mujer)

Por eso, Madre,
la Iglesia naciente

estuvo presidida
por tu presencia silenciosa.
Tú fuiste el alma
de esa pequeña comunidad,
de la comunidad
de los Comprometidos con Jesús.

Y así, en la naciente Iglesia,
fuiste Consejera,
Consoladora, Animadora;
fuiste alma de su alma.
Desde entonces,
tú serás la Madre de la Iglesia,
el alma de su vida.

(Música de fondo mientras se lee lo siguiente)

Voz María:

Ven, hijo mío,
acércate a mi corazón'.
Quiero decirte que Yavé, mi Padre,
quiso hacerme su Madre.
Y sólo porque Él así lo quiso
y porque su Espíritu
habita mi alma,
puedo decirte
que soy la Madre del amor hermoso,
del respeto, del conocimiento

y de la santa esperanza.

Porque Dios así lo quiso,
yo aparecí
desde el origen del mundo.
Desde antes de los siglos,
yo salí de sus manos,
como esbozo destinado
a embellecerse
a través de los tiempos,
como cooperadora de su obra.

Yo soy la Iglesia,
Esposa de Jesús.
Yo soy la Virgen María,
Madre de todos los hombres.
Como se da una madre,
yo me doy a mis hijos.

Y desde toda eternidad,
a los que por El
me han sido designados,
les imploro ese Espíritu que me habita
para que sea alma de su alma.

Voz 1: (hombre)

María, Reina y Madre,
tú eres la personificación

de ese remolino
que nos arrastra hacia Cristo,
hacia el Padre.

Quien a ti te acepta,
quien en ti se adentra,
ése es arrastrado
por un remolino
que se llama Cristo,
que se llama Dios Padre.

Voz 2: (mujer)

Sí, Madre y Reina,
Tú eres quien lleva
y trae a Cristo.
Tú eres el templo de Dios,
Santuario vivo de Cristo
morada del Espíritu Santo.
En Ti habita
La Santísima Trinidad.

Todos:

María, Reina del Cenáculo,
dispón también nuestros corazones
para que el Espíritu
pueda irrumpir con fuerza
y habitar en nosotros.

Haz que el Espíritu de Cristo
nos penetre hondamente;
en abundancia, obséquianos
con elocuentes dones de amor,
para que, a semejanza tuya,
brille a través de nosotros
el resplandor de Cristo.

Madre, ven
aguarda Tú
con nosotros
a ese Espíritu de Amor.

Voz 1: *(recitado o cantado por todos)*
Resplandeciente,
magnificente,
se alce tu trono
Reina inmortal.
Nuestro consuelo,
gozo y anhelo
en el luchar.

Voz 2:
Pura y excelsa,
llena de gracia,
desde lo eterno,
Dios te creó.
Madre del Verbo,

ésa es tu gloria,
Tú, la del bello
y hermoso amor.

Todos:
Madre, aquí nos tienes,
para entregarte,
alma, vida entera,
todo el corazón,
oh Madre tierna,
acógenos!

Aseméjanos a Ti
y haznos caminar por la vida,
tal como Tú lo hiciste:
fuerte y digna,
sencilla y bondadosa,
repartiendo amor,
paz y alegría.
En nosotros recorre
nuestro tiempo
preparándolo
para Cristo Jesús.

Canto final: Te consagro lo más mío (pág. 51, N 97)